

todo, queriendo ver en ellos la confirmación del sentimiento que la llevara allí con un pretexto pueril...

Pero permaneció impenetrable, atenta, esperando sus palabras con ansiedad de madre.

Carlos abrochó el cuello del pequeñuelo, y dijo:

—Nada en absoluto tema usted, señora condesa.

Hizo entonces algunas preguntas de médico acerca del régimen de Charlie, de su naturaleza. La condesa se quejó en tono pesaroso de que su marido se opusiera al régimen de la gimnasia y del agua fría...

—Estas cosas—replicó Carlos, sonriendo, tienen mejor reputación de la que merecen... ¿Es su hijo único, señora condesa?

—Sí, y he aquí porque se le mima tanto—contestó pasando la mano por los cabellos del niño.

Carlos afirmó que, á pesar de su aspecto delicado, no era preciso enviar el niño al campo. Quedaron un momento silenciosos.

—Me ha tranquilizado usted—dijo la condesa.—Además, da gusto venir á consultarle á usted... Aquí no hay nada que huelga á enfermedad ni á drogas... Realmente esto es muy bonito...—añadió dando una lenta ojeada en torno.

—He ahí su defecto—exclamó Carlos riendo.—No inspira ningún respeto por mi ciencia... A veces estoy tentado de cambiar todo... poner un cocodrilo disecado, retortas, matraces, un esqueleto, un montón de in-folios...

—La celda de Fausto.

—Sí, la celda de Fausto.

—Le falta Mefistófeles—contestó ella alegremente con una mirada que brilló á través del velo.

—Lo que me falta es Margarita.

La condesa hizo un lindo ademán como dudándolo...

discretamente; después tomó la mano de Charlie y dió un paso lento hacia la puerta.

—Como S. E. se interesa por mi instalación—dijo Carlos, queriendo retenerla,—permitame que le enseñe la otra sala.

Corrió el portier. Ella se acercó aprobando la frescura y elegancia del salón. El piano la hizo sonreír.

—¿Bailan rigodones sus enfermos?

—Mis enfermos, señora condesa, no son nunca bastante numerosos para ello. Apenas si tengo dos para un valz... El piano está aquí simplemente para inspirar ideas alegres, como una promesa tácita de salud, de futuras *soirées*, de bonitas arias del *Trovador*...

—Es ingenioso.

Carlos contestó:

—No puede imaginar S. E. cuán ingenioso soy.

—Ya me dijo usted el otro día... ¿Qué dijo? ¡Ah! que era muy diestro cuando odiaba.

—Lo soy mucho más cuando amo—replicó riendo.

No contestó ella y se acercó al piano, tecleando un instante, examinando los papeles de música.

Luego examinó un cuadro al óleo copia de Landseer, un perrazo de San Bernardo, macizo y bonachón, dormitando tendido. Rozándole casi el vestido, Carlos sentía el fino perfume de verbena que usaba siempre, y entre aquellos tonos oscuros del vestido, su piel le parecía más clara, más suave á la vista, atractiva como el raso.

—Esto es un horror,—dijo la condesa dando media vuelta;—pero Ega me dijo que en Ramillete hay lindos cuadros... Me habló de un Greuze y de un Rubens. Lástima que no se puedan ver esas maravillas.

Carlos lamentó también que su existencia de solteros les impidiera recibir señoras. Ramillete adqui-



ría una melancolía de monasterio. Si continuaban así algunos meses más sin ver mujeres, pronto crecería la hierba en las alfombras.

—He aquí por qué quiero que se case mi abuelo— dijo muy serio.

Rió la condesa mostrando sus blancos y menudos dientes á través del velo.

—Me gusta su alegría— exclamó.

—Es cuestión de régimen—replicó Carlos. —¿Su Excelencia no es alegre?

Se encogió ella de hombros... Después murmuró, con la vista fija en el suelo:

—Dicen que no; que soy triste; que tengo *spleen*...

Charlie teclaba, entretenido, y Carlos bajó la voz para decir:

—Es que la señora condesa sigue un mal régimen. Es necesario cuidarse, volver aquí, consultarme.. ¡Tal vez tengo mucho que decirle!

Ella le interrumpió vivamente, mirándole con aire de ternura y triunfo:

—Venga á decírmelo uno de estos días, tomando té, á las cinco... ¡Charlie!

Acudió el niño.

Carlos, acompañándola hasta la calle, lamentaba la fealdad de su escalera de piedra:

—Voy á alfombrarla para cuando la señora condesa me haga el honor de volver á consultarme...

Ella bromeó, risueña.

—No, don Carlos de Maia nos prometió salud á todos... Y, naturalmente, no espera que sea yo la que venga á tomar té con él...

—¡Oh, señora! Cuando empiezo á esperar no pongo límites á mi esperanza...

La condesa se detuvo, como asombrada, encantada de aquella firme confianza en sí mismo.

—¿Tan aprisa, tan aprisa?...

—¡Tan aprisa, tan aprisa, señora!... Estaban en el último peldaño, ante la claridad y el ruido de la calle.

—Mande acercarse un coche.

A un signo de Carlos se acercó uno.

—Y ahora—añadió sonriendo—mándeles ir á la iglesia de Gracia.

—¿La señora condesa va á besar los pies del Cristo de los Passos?

Ruborizóse levemente y contestó:

—Voy á hacer mis devociones...

Después subió con ligereza al coche. Carlos levantó á Charlie y le colocó á su lado paternalmente.

—¡Que Dios la tenga en su santa guarda, señora condesa!

Ella agradecióle con una mirada y un movimiento de cabeza tan dulces como caricias.

Carlos subió y paseó por aquella sala siempre desierta donde ella dejara ahora algo de su calor y de su aroma...

Realmente le gustaba la audacia de aquella mujer yendo al consultorio con un pretexto cualquiera para echar un nudo brusco y fuerte á aquellas relaciones que él dejara olvidadas..

Aquella vez no se equivocó Ega. Aquel bonito cuerpo se ofrecía con abandono. ¡Ah! ¡Si fuese tan voluble como enamoradiza! ¡Qué bella flor para cogerla, respirarla y arrojar después! Pero no: Bautista decía que la señora condesa no se había divertido nunca. Y él no quería verse envuelto en una pasión seria, en una de esas ternuras exigentes de mujer de treinta años, de la que después no podría desprenderse... En brazos de ella su corazón quedaría mudo y, apenas pasada la primera curiosidad, empezaría el tedio de los besos que no se desean, la ho-



rrible tristeza del placer en frío. Después tendría que ser íntimo de la casa, escuchar las sandeces del conde.. Aquello le asustaba... Pero sin embargo, le placía aquella audacia... Y debía estar admirablemente formada... Su imaginación la desnudaba, veía el raso de sus formas, donde sentía á un tiempo algo de maduro y virginal... Y de nuevo, como cuando la vió en San Carlos, aquellos cabellos le tentaban, tan rojos y crespos y cálidos...

Salió. Apenas había dado algunos pasos cuando vió á Dámaso que pasaba en un *coupé* lanzado al trote largo, que le llamaba, mandaba parar, con la cabeza fuera de la portezuela, colorado y radiante:

—No pude ir allá—exclamó apoderándose de la mano de Carlos y apretándosela con entusiasmo. ¡Estoy enloquecido!... ¡Ya te contaré!... Una aventura divina... ¡Ya te diré! ¡Cuidado con la rueda!... ¡Adiós!

Arrancó el tronco y Dámaso gritó aún por la portezuela:

—¡Una aventura divina! ¡Chic de veras!

Algunos días después, en Ramillete, Craft, que acababa de derrotar al marqués á carambolas, dijo, encendiendo la pipa:

—¿Qué se sabe de nuestro Dámaso? ¿Se sabe algo de su lamentable eclipse?...

Carlos contó entonces su encuentro y el entusiasmo con que le hablara de una *aventura divina*.

—¡Ah!—exclamó Taveira; ya sé de qué se trata. —¿Sabes?...

Taveira le vió la víspera en una carretela de la Compañía, con una mujer espléndida, muy elegante, que parecía extranjera...

—¿De veras?—exclamó Carlos.—¿Llevaba una perrita escocesa?

—Sí, una perrita, un *griffón* color de plata... ¿Quiénes son?

—¿Y un joven flaco, de barba muy negra?

—Precisamente... Muy correcto... un *sportman*... ¿Qué gente es?

—Supongo que brasileños.

¡Eran los Castro Gomes, de fijol! Aquello le parecía espantoso. Apenas hacía dos semanas que Dámaso, en la terraza de Ramillete bramaba contra la grosería de Castro Gomes. Iba á pedir nuevos detalles á Taveira; pero el marqués levantó la voz del fondo de la poltrona en que estaba hundido y quiso saber la opinión de Carlos acerca del gran acontecimiento del número del día de la *Gaceta Ilustrada*.

—¿La *Gaceta Ilustrada*? No sabía nada. Carlos no había leído aquella mañana ningún diario.

—Entonces no le digan nada—gritó el marqués.

—Será una sorpresa. ¿No está aquí la *Gaceta*? Envíala á buscar.

Taveira tiró el cordón de la campanilla y cuando el criado volvió con la *Gaceta*, se apoderó de ella, quiso hacer una lectura solemne.

—¡Déjale ver primero el retrato!—berreó el marqués levantándose.

—¡No, primero el artículo!—exclamaba Taveira.

Cedió y puso el papel desplegado ante la vista de Carlos. Este reconoció en seguida el retrato de Cohen. Y la prosa que se extendía en torno era un trabajo de seis columnas, en estilo hinchado y ampuloso, poniendo por las nubes las virtudes domésticas de Cohen, el genio financiero de Cohen, las frases ingeniosas de Cohen; y había un párrafo aludiendo á la fiesta que se celebraría en breve en casa Cohen. Y todo ello estaba firmado J. de E., las iniciales de Juan de Ega.



—¡Qué estupidez!— exclamó Carlos con desdén, arrojando el periódico.

—Es peor que una estupidez,—observó Craft;—es una falta de sentido moral.

El marqués protestó. Gustábale el artículo. Halláballo brillante y gracioso. Por otra parte, ¿quién tenía sentido moral en Lisboa?..

—¡Usted, Craft, no conoce Lisboa! Todos hallan esto muy natural. Es el íntimo de la casa; celebra á sus dueños. Es admirador de la mujer y lisonjea al marido. Esto es lógico aquí... Verá usted qué bien cae... ¡Y el artículo está muy bien!

Cogió el periódico y leyó en voz alta el párrafo dedicado al *boudoir* color de rosa de la señora Cohen: "Respirase allí—decía Ega—algo perfumado, íntimo y casto, como si todo aquel color de rosa exhalase todo el aroma que las rosas guardan.."

—¡Esto, caramba, es bonito, no me digan!—exclamó el marqués.—¡Tiene mucho talento aquel demonio! De buena gana se lo cambiaba...

—Nada de esto impide—insistió tranquilamente Craft—que sea una extraordinaria falta de sentido moral.

—¡Pura y simplemente insensato!—dijo Cruges.

El marqués arremetió contra él.

—¿Qué entiende usted de esto, maestro? Le digo que el artículo es magnífico.

El maestro, por pereza de discutir, se hundió en un extremo del sofá.

Entonces el marqués apeló á Carlos y quiso saber lo que Craft entendía por *sentido moral*.

Carlos, que paseaba impaciente, no contestó, y tomando por su cuenta á Taveira le llevó al corredor.

—Dime una cosa. ¿Dónde viste esa gente con Dámaso? ¿Hacia dónde iban?

—Chiado abajo... Estoy seguro que se dirigían á Cintra. Llevaban una maleta, y detrás iba una criada en un coche de plaza con otra maleta mayor... Era una expedición á Cintra. ¡La mujer es divina! ¡Qué vestido, qué aire, qué *chic*! Es una Venus, chico... ¿Dónde la conocería Dámaso?

—En Burdeos, en un vapor, no sé dónde...

—¡Lo que me hizo gracia fué la importancia que se daba Dámaso! Saludaba á derecha é izquierda; hablaba bajo á la señora... parecía alardear de conquista...

—¡Qué bestia!—exclamó Carlos, dando una patada.

—Llámale bestia—replicó Taveira.—¡Por casualidad llega á Lisboa una mujer civilizada y decente, y es él quien la conoce, quien la acompaña á Cintra! ¡Llámale bestia! Ea, vamos á echar una partidita de dominó.

Taveira había introducido el dominó en Ramillete y había á lo mejor partidas empeñadas, porque la pasión de Taveira consistía en ganar al marqués.

Pero era preciso esperar que éste acabara de charlar con Craft, que sólo contestaba con monosílabos, á propósito del artículo de Ega. Aducía ejemplo sobre ejemplo para convencer á Craft de la ausencia completa de remordimientos, que sólo persistían en el teatro de la calle de los Condes, en algún melodrama...

—Mire, amigo Craft, crea que los remordimientos son cuestión de educación. Se aprende á tenerlos como se aprende á sonarse... ¡Ah!—exclamó dirigiéndose á Taveira—¿quiere usted llevar una paliza como el sábado pasado? Voy al momento.

Y se sentaron y tomaban ya fichas cuando apareció el conde de Steinboken de gran uniforme, con todas sus condecoraciones, presumido y resplande-







